

Noticia de libros

—JUVENTUD, EGOLATRÍA, por Pío Baroja.—Segunda Edición de Rafael Caro Raggio, 1920.—

Es este un libro sincero. Exhibe a su autor más francamente que las memorias escritas por nobles entendimientos que supieron comprender y amar a sus semejantes.

La psicología que el autor analiza en estas páginas es sub-humana. No parece conocer lo humano, sino lo que hay de bestia en el hombre. Del Centauro sólo conoce los pateantes cascos equinos. Diríase que una carga de caballería, como una tempestad, ha dejado su alma desolada, desnuda de toda simpatía para sus contemporáneos.

Es un impulsivo sin fantasía.

Ha escrito esta obra durante la Guerra Mundial. Él mira este acontecimiento con desdén. «Sólo lo que pasa a ser intelectual tiene valor para la conciencia»—dice—como si no hubiesen sido las ideas, hechas pasión, la dinámica de la guerra.

«Dediquémonos—dice—sin remordimiento a pensar en los motivos eternos de la vida y del arte y escribamos sobre ellos». ¡Los motivos eternos de la vida! ¿Pero la guerra no estaba acaso comprometiendo la vida misma? ¡Los motivos eternos de la vida y del arte! ¿Pues no es la Humanidad misma el grande, el único, el eterno motivo del arte? «Voy vaciando el espíritu en los eternos moldes sin esperar nada de ello». ¡Retórica vacía! ¿Cuáles son esos eternos moldes? ¿La novela? ¿Lo que hace unos cuantos siglos no existía, podrá ser eterno? La expresión que en un poeta generoso podría tener un valor de esperanza en este hombre es mera «petulancia impropia», como él mismo dice.

Quiere singularizarse y pertenece a la plebe de todos estos egotistas para quienes la humanidad no existe. Es una personalidad, pero repulsiva, por su falta de simpatía. Su individualidad es gregaria. Personalidad tiene. Su individualidad es todavía de grupo. En efecto, la runfla de egotistas no tiene límite en las letras de estos últimos años. Les falta genio y decoro. Genio para crear con las nadas de su vida una obra bella y grande. Decoro para no exhibir lo que bien saben ser insignificante y asaz transitorio apesar de los «eternos moldes».

Cuando en el Album del Museo de San Sebastián bajo su firma Baroja agrega «hombre humilde y errante» éstas palabras son una expresión de vanidad pura y simple. Esto lo reconoce, lo que no confiesa es que se las inspiró un sentimiento de aversión, impropia de un hombre superior. Es un apesadado de Nietzsche.

Enemigo de los dogmas, de cualquier clase que sean, tiene un espíritu esencialmente dogmático. Contra todos los dogmas, su dogma, *Ignoramus, ignorabimus* es su dogma. Era el dogma de hace cin-



Pío Baroja

Apunte de J. MORENO VILLA

prichos». ¿Pero qué otra cosa es la historia de la ciencia durante estos últimos setenta años, si no es una serie de hipótesis que se suceden unas a otras con las mismas fantásticas aclamaciones arquimédicas?

«Si hubiese un disolvente para la mentira» cuántas falsas reputaciones se convertirían en impalpable velo de Maya!

Baroja se considera archi-europeo. Nada más provincial que este vasco incapaz de comprender a España ni a Francia. Se llama «puerco de la pira de Epicuro». No. Es un cordero de la grey de Nietzsche. A este pensador debe cuanto es, no tanto porque le cite y lo ensalce, sino porque adoptó su procedimiento. Nietzsche recita el evangelio al revés. Y esta es la pretendida originalidad de Baroja. Toda ella es negativa. Admire el mundo, por uno u otro motivo, a Juan Jacobo Rousseau, Baroja dirá que «es un ser bajo y vil». Diga el mundo que la verdad será siempre la única defensa de la religión, Baroja dirá que «la gran defensa de la religión está en la mentira». Diga el mundo que la verdad es la única cosa vital y durable, Baroja dirá «La mentira es lo más vital que tiene el hombre». Diga el mundo que Alemania y Bélgica, Francia Central e Inglaterra, son tierras de la culta Europa, Baroja dirá que «los Pirineos y los Alpes son lo único europeo que hay en Europa». Apláudase por la verdad de los sentimientos el *Otelo* de Shakespeare, Baroja dirá que es un drama «falso y absurdo». Si en el fondo del alma humana hay un embrionario impulso hacia lo bueno, Baroja dirá «que el sentimiento de maldad desinteresada se observa en las relaciones de los padres con los hijos, de los maridos con sus mujeres».

Su comprensión de la música es tan insensata como su concepción del materialismo y de las funciones del arte. Para este señor Baroja la música es simplemente un calmante. Como si yo dijese que este libro es un sinapismo, sin relación alguna con el arte literario.